

# ACAMPADA ESPECIAL

Arturo Reque Mata.

A mis hijos Samuel y Arturo.

¡Más leña al fuego que se apaga la hoguera!- Gritó Ana, la monitora de acampada.

Llevaba ya muchos años realizando esta bonita excursión con los niños del colegio Merlín, pero esta vez iba a ser especial. Siempre se hacía a finales de septiembre con motivo del comienzo de curso y para que los niños se fuesen conociendo entre si. Además, por tener que dormir en tiendas de campaña, debía celebrarse antes de la llegada del otoño. A los alumnos les gustaba esta aventura, aunque siempre había alguno que pasaba un poco de nervios al principio, pero solo al principio, porque después era el que más disfrutaba.

Este año eran catorce niñas y diez niños de cinco años. Puede parecer que eran demasiado pequeños pero los padres tenían confianza en Ana y siempre autorizaban esta experiencia y además no había ningún peligro. El lugar de acampada era una colina desde donde se podía contemplar el mar, la bahía y la ciudad en todo su esplendor.



A la 12.00 se cerró la puerta del autobús que conducía el Sr. Raúl. Todos los niños se despedían de sus padres a través de las ventanas, unos moviendo las manos y otros lanzando besos. Los padres les devolvían el saludo ocultando las emociones que les envolvían viendo a sus hijos crecer. Cada uno llevaba su propia mochila con ropa de abrigo para la noche, el bocadillo para la comida, la fruta y la chocolatina de la merienda. La cena sería pasta hecha al fuego de una hoguera en la misma zona de acampada que realizarían entre todos, profesores y alumnos.

Por fin el Sr. Raúl pisó el acelerador y el autobús partió hacia su destino. Ana cogió el micrófono y se presentó como la monitora de acampada que les cuidaría hasta el regreso al día siguiente. Pasó lista a todos los que estaban allí y formó los grupos para dormir. Uno lo formaban Keila, Laura, Samuel y Víctor, en otro estaban los trillizos y Elie.

Llegó el momento de las canciones y todos al unísono cantaron las típicas de los viajes: “Vamos a contar mentiras”, “Los elefantes”, “La sardina y el gato”, etc.

El verano ya estaba prácticamente finalizado pero el mes de septiembre aun ofrecía altas temperaturas. A las 13.00 ya estaban en el aparcamiento de la zona de acampada y después de bajar todos y coger cada uno su mochila se dirigieron en fila de dos hacia lo alto de la colina. Cada monitor llevaba una tienda en la que podían dormir 4 niños además de él mismo. Subiendo Laura tropezó con una piedra y se dio un buen golpe. La mochila salió rodando pero su buen amigo Samuel, siempre atento, se la cogió y le ayudó a ponérsela. Por suerte todo quedó en un susto y no tuvo ni siquiera una pequeña herida.

Una vez arriba cada monitor eligió el mejor sitio para montar su tienda. Allanaron el suelo, quitaron las piedras, los cardos y sacaron los materiales necesarios: telas, clavos y barras. En poco más de quince minutos ya estaban listas y cada uno introdujo su mochila. Ana, que también iba a ser la encargada del grupo de Samuel, decidió que era el momento de dar una vuelta por los alrededores. Para sorpresa de los niños, al pie de la colina había un precioso río de aguas cristalinas donde pequeños peces que se escondían en cuando les veían asomarse por la superficie. Elie no pudo evitar la tentación de lanzar una piedra al centro que provocó círculos concéntricos e hizo que saltasen al agua algunas pequeñas ranas que estaban mirando a los nuevos visitantes. Llenaron varias garrafas con el agua limpia y potable que transportaba el río y que utilizarían para cocinar un poco más tarde. Los trillizos no pararon de saltar de un sitio para otro y aprovecharon que traían el traje de baño para darse un chapuzón dando envidia a los demás.

Devuelta a la zona de acampada, ya al atardecer, contemplaron las impresionantes vistas de la bahía, con un precioso tono anaranjado que se iba intensificando a medida que se ponía el sol. Venus hizo su aparición y poco a poco el cielo se fue llenando de estrellas. Era el momento de empezar a preparar la cena. Víctor fue el encargado de recoger troncos para que Ana encendiese una hoguera donde cocinar. Keila dibujó un círculo perfecto de piedras sobre las que se colocaron los troncos y ramas secas y Laura colocó el caldero lleno de agua. Samuel fue el encargado de echar la pasta y de preparar su cocción utilizando un palo de madera con forma de cuchara que había encontrado en el campo y limpiado previamente.

Los niños se fueron acercando poco a poco y como no tenían platos utilizaron grandes piedras planas en su lugar. La pasta había salido muy buena y algunos incluso repitieron. Para hacer la digestión antes de dormir Ana contó una historia típica de campamento tras la cual los niños se despidieron y se fueron a sus respectivas tiendas de campaña. El grupo de Samuel y Víctor estuvieron jugando un poco más dentro de la cabaña antes de caer rendidos bajo un sueño profundo.

Por la mañana llegó la sorpresa. El día estaba muy despejado y el cielo lucía completamente azul sin ninguna nube. Los niños se fueron despertando poco a poco y se dispusieron a desayunar. Ana, que se había levantado antes, ya había colocado la leche en el caldero y la estaba calentando para preparar los “colocaos” de los niños. El pan se tostaba al mismo tiempo en el fuego, apoyado sobre unas ramitas que improvisaban un grill.

De repente se escuchó un ruido ensordecedor que venía del cielo. Todos encogieron el cuello con la sensación de que se les caía algo encima. Algunos niños se asustaron más de la cuenta pero rápidamente Ana y el resto de monitores les abrazaron y les animaron a averiguar que había sido lo que había sobrevolado sus cabezas. En el cielo quedó la marca del cuerpo volador que acababa de pasar. Algunos la identificaban como la estela que dejan los aviones, pero no era este el caso.

Se decidió que era necesario averiguar que pasaba para avisar a las familias que estaban en la ciudad. De esta manera fue como Ana y su grupo, con Samuel como principal ayudante y unos prismáticos colgados del cuello, bajaron de la colina y se acercaron al río. Víctor llevaba un bastón de madera por si acaso, Keila unos walkie talkies para comunicarse con otros grupos y Laura su cámara de fotos por si había que retratar algo.

Parecía que todo estaba en calma, los peces seguían allí, las ranas también, pero...no, algo había pasado. Ahora los animales no tenían miedo de ellos. No se escondían ni saltaban rápidamente al agua. Los pájaros les acompañaban volando cerca de sus cabezas con alegres cánticos. Un ciempiés se cruzó en su camino y les saludó con veinte de sus cien patas. Una tortuga salió completamente de su cascarón protector y se puso a tomar el sol cual turista en la playa. Si, realmente algo estaba pasando. Los animales parecían haberse humanizado y actuaban como personas. Con esta sensación el grupo siguió caminando por el bosque hasta que encontró un claro donde una especie de nave espacial estaba “aparcada”. Con mucho cuidado Víctor y Samuel se acercaron hasta lo que parecía la puerta y dieron unos golpecitos con el bastón. Suavemente se abrió la compuerta y un animal que resultó ser un búho les indicó que podían pasar. Keila y Laura también se aproximaron dejando a Ana fuera para que avisase al resto de grupos.

Dentro la nave era sorprendente. No tenía nada que ver con la de las películas y como si de un arca de Noé se tratase estaba llena de todo tipo de animales, pero cada uno realizando una función perfectamente identificada y coordinada. El búho parecía ser el jefe y con su peculiar movimiento de vaivén actuaba cual director de orquesta. Los animales se giraban y miraban alegres las caras de asombro de los niños. Una serpiente les iba guiando y enseñando cada estancia. Realmente más que una nave parecía una gran pompa de jabón ya que desde dentro se veía completamente lo de fuera.



Pasaron un buen rato dentro y finalmente, cuando salieron, se despidieron amablemente del búho que les acompañó hasta la puerta. Ana, que como dijimos se había quedado fuera, estaba ahora con el resto de monitores y niños y todos estaban ansiosos de conocer lo que Samuel y sus amigos habían visto dentro. Y entonces contaron que según parece, y todo debe quedar dentro del más absoluto secreto, los animales son más listos de lo que creemos y pueden realizar funciones tan difíciles o más que las que realizamos nosotros. Los que viven en nuestro planeta son antepasados de los que acababan de conocer y están aún en fase de desarrollo, pero realmente, en algún lugar del universo habitan estos otros animales en un planeta en equilibrio, sin humanos, donde todos se respetan y ayudan, donde todos disfrutan de la naturaleza.

Mientras Samuel contaba esta historia, la nave espacial, moviéndose como una pompa, se levantó del suelo y se dejó llevar por la brisa, ascendiendo lentamente por encima de la copa de los árboles para, justo en ese instante, y repitiendo el estruendo inicial, desaparecer rápidamente en el espacio, dejando una estela curva que todos vieron y despidieron con amplias sonrisas.



De regreso al campamento, al pasar cerca del río, las ranas volvieron a saltar rápidamente al agua y los peces se escondieron en sus cuevas.

Samuel, Keila, Víctor y Laura nunca revelaron su secreto pero aprendieron que los animales que les rodean pueden llegar a ser tan listos como ellos y saben vivir en paz y con respeto a la naturaleza.

FIN